



## Hablamos con el Señor Sábado 16 de Enero

---

Estate, Señor, conmigo  
siempre, sin jamás partirte,  
y, cuando decidas irte,  
llévame, Señor, contigo;  
porque el pensar que te irás  
me causa un terrible miedo  
de si yo sin ti me quedo,  
de si tú sin mí te vas.

Llévame en tu compañía,  
donde tú vayas, Jesús,  
porque bien sé que eres tú  
la vida del alma mía;  
si tú vida no me la das,  
yo sé que vivir no puedo,  
ni si yo sin ti me quedo,  
ni si tú sin mí te vas.

Por eso, más que a la muerte,  
temo, Señor, tu partida  
y quiero perder la vida  
mil veces más que perderte;  
pues la inmortal que tú das  
sé que alcanzarla no puedo  
cuando yo sin ti me quedo,  
cuando tú sin mí te vas.

---

Es un grito de súplica para que el Señor nos siga regalando la fe.

Es un grito para pedir fortaleza...

Señor, ilumina mi mente y mi corazón para que en verdad sepa qué necesito de ti...

Como Jesús se acercó en el mar de Galilea a sus discípulos en la barca zarandeada por el viento, así ahora se acerca a nuestra barca, a nuestra vida, zarandeada por las olas

*Evangelio de S Mateo (14,22-33)*

*Enseguida Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Y después de despedir a la gente subió al monte a solas para orar. Llegada la noche estaba allí solo. Mientras tanto la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario. A la cuarta vela de la noche se les acercó Jesús andando sobre el mar. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, diciendo que era un fantasma.*

*Jesús les dijo enseguida: «¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!».*

*Pedro le contestó: «Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre el agua». Él le dijo: «Ven». Pedro bajó de la barca y echó a andar sobre el agua acercándose a Jesús; pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: «Señor, sálvame».*

*Enseguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: «¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?». En cuanto subieron a la barca amainó el viento. Los de la barca se postraron ante él diciendo: «Realmente eres Hijo de Dios».*

**1.-** Resulta rara, esa escena del Evangelio. Después del trasiego de la multiplicación de los panes (Mt 14, 13-21), con la mezcla de asombro y alegría en el cuerpo que llevarían aquellos discípulos, cuando ya es de noche y todo el mundo ha vuelto a casa, mientras Jesús se ha quedado solo en la playa para orar, con las estrellas sobre el cielo azul de verano del mar de Galilea, los discípulos, buenos navegantes, pescadores experimentados, batallan con la barca sacudida por las olas.

Están muy lejos de tierra, y el viento es contrario, y la barca resulta difícil de dominar. Y en el silencio absoluto de la noche, se siente sólo el estruendo de las olas y los esfuerzos por mover aquella barca parada. Experimentan intensamente la angustia de la dificultad, el encontrarse como perdidos y sin poder hacer mucho por resolver la situación.

Como nosotros: la barca que debemos hacer avanzar cada día, las permanentes detenciones, las incertidumbres y temores, los problemas; el no saber mucho cómo superar todo lo que nos ocurre.

Como el mundo: el futuro incierto, tantos impedimentos para resolver los problemas, las barreras de la injusticia y la mentira y el pecado, el dolor inútil e inexplicable; el mundo, que según como lo miremos, parece un monstruo demasiado grande como para que podamos hacer nada por arreglarlo.

Y como la Iglesia: esta barca sometida a todos los vientos, en la que a menudo tanto tripulantes como timoneles no saben demasiado qué debe hacerse; esa barca en la que estamos todos avanzando pesadamente, y nos peleamos, y olvidamos la ruta que debemos seguir...

*Señor,*

*¿qué “tormentas” veo en mi?*

*¿qué “tormentas” veo en mi ambiente?*

*¿Que “tormentas” veo en tu Iglesia?*

**2** Y ya de madrugada, dice el evangelio, esa indefinible sombra se nos hace presente en medio de tanta complicación -nuestra, del mundo, de la Iglesia- y nos llama, a nosotros que nos hemos asustado al verla: "*¡Animo, soy yo, no tengáis miedo!*" Jesús siempre, misteriosamente, está junto a nosotros, bajo las estrellas del mar de Galilea, y mientras a la barca le cuesta tanto avanzar, se nos acerca y nos dice: "*¡Animo, soy yo, no tengáis miedo!*" Y a nosotros nos cuesta reconocerlo, nos asustamos, pensamos que es un fantasma, una imaginación, como pasó a sus discípulos...

*Percibo la luz de la predica del Señor  
en mi vida, mi ambiente y la Iglesia?*

Nosotros sabemos muy claro que las olas y el viento sí existen, que zarandean la “barca” (nuestra vida, nuestro mundo, la Iglesia), pero en cambio no nos sentimos tan seguros para creer que Jesús también está. Los problemas, sí sabemos cuáles son y donde están, y los palpamos y sufrimos. Pero a Jesús ya resulta más difícil descubrirlo y reconocerlo: no lo palpamos, nos queda más lejos, no es algo que podamos tocar, sino que necesitamos la fe para verlo.

Pero él está ahí. El, Dios de Dios, Luz de Luz, está junto a nosotros, aunque sea misteriosamente. Está junto a nosotros, y nosotros, como Pedro,

podemos decirle: "Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua". Y él, también, nos responde: "Ven".

Y nosotros vamos hacia él, pero seguimos sin fiarnos mucho -¡las olas dan demasiado miedo, y no tenemos tan seguro que Jesús se preocupe de nosotros!-, y nos hundimos, y él se nos acerca y nos da la mano, y al fin sube con nosotros a nuestra barca.

*Señor,  
te suplico que experimento esto que S. Pedro vivió:  
mis miedos ,  
tu palabra,  
mi inseguridad por la fuerza del viento,  
y tu mano...*

Jesús vela por nosotros. Jesús vela por nuestro mundo. Jesús vela por nuestra Iglesia. ¡Claro que vela! Misteriosamente, apoyado en nuestra fe, pero sin fallar nunca. Y nos repite, hoy y cada día, la llamada que dirigía a los atemorizados discípulos: "¡Animo, no temáis, estoy aquí!"

*Señor:  
que oiga tu voz en mi interior: "No temas"...*

3 Nos lo tenemos que repetir una y otra vez: No temáis, que Jesús está aquí. Está aquí y no permitirá que nos hundamos. Ocurra lo que ocurra no permitirá que nos hundamos. No temamos: aunque a veces se encrespe el oleaje, aunque a veces sucedan cosas que nos hagan preguntar a dónde vamos a ir a parar, los cristianos no tenemos derecho a perder la confianza. Si Jesús nos tiende la mano para que caminemos sobre el agua, debemos cogerla y caminar. Debemos sentirnos acompañados por su presencia, debemos ser hombres y mujeres de esperanza. Porque él nos da la mano y sube a la barca. Ojalá nunca tenga que decirnos, como a Pedro: "¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?"

En la oración personal, en la vida de cada día, en la Eucaristía de cada domingo, en cualquier acontecimiento... se hará presente entre nosotros, nos dirá que está aquí. ¡Sepamos reconocerlo!

*Señor,  
que reconozca tu presencia...  
que me llama confiar...*